

CARNE DE LOS DIOS

Juanjo Conti



Automágica

Edición automática, 2016.

Carne de los dioses lleva la licencia *Creative Commons Attribution - NonCommercial - ShareAlike 4.0 International*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

<http://www.juanjoconti.com/carne>

<http://www.juanjoconti.com/libros>

Carne de los dioses
está dedicado a mis compañeros del taller
El brillo de la palabra,
testigos del nacimiento de muchos de estos cuentos.

Índice

El primer romántico	9
Historia de un amor inaugural	13
¿Por qué no cojió esa noche Guido Pividoni? .	23
Querida maestra	29
La explicación	31
Carne de los dioses	33
La dieta	41
El asado de los Reyes	43
Los Lavalle Menéndez	51
Fanáticos del mate cocido	53
La oficina del fin del mundo	57
El restaurador	59
El viajero del cielo	61
La maravillosa vida de Henry Dijkstra	65

Prólogo

Armar un libro de cuentos es cansador y doloroso. Y no me refiero a escribir los cuentos. Me refiero al trabajo posterior a esto.

Pasó un año o dos. Estuviste escribiendo. Asististe a un taller y cumpliste con muchas de las consignas. Intentaste escribir una novela por tu cuenta, o dos, o tres. Y llega el verano y, como además de escribir te gusta editar, te decís: “Este verano imprimo un libro”.

Más o menos por el mismo tiempo, pero unos meses antes, te enteraste de un concurso de cuentos. Tema: el agua. Hacés una búsqueda en tus archivos y resulta que sí, que tenés un cuento, en el cual el agua, si bien no tiene un papel principal, es el telón de la historia. Carne de los dioses. Lo escribiste hace ¿un año? como una broma para un grupo de amigos. Después le recordaste las partes específicas y lo hiciste circular como un cuento más, pero nunca lo imprimiste. Lo arreglás y lo mandás al concurso. No te gustan los concursos por la burocracia que encierran: imprimir tres copias, enviarlas por correo postal... Pero este es distinto. La entrega es por correo electrónico; así que lo mandás. Una de las condiciones es que el cuento sea inédito. Este seguro lo es... al menos, al momento de enviarlo.

Hay una imagen en el cuento que no recordabas, pero al releerlo, te impacta. Un tigre. Un tigre con un collar de flores. Te gusta la imagen y le pedís a una

amiga que te haga un dibujo. Ella es tan amable que lo hace y el resultado es genial. Tanto que te inspira a armar un libro de cuentos solo para que ese dibujo esté en la tapa. El único problema es que el dibujo es en blanco y negro y vos querés una tapa a color. La artista se niega a pintarlo, por lo que decidís colorearlo por tu cuenta. Según tu esposa, parece pintado por un nene de tres años, pero a vos te gusta. Le pedís a tu amigo diseñador que arme una tapa con ese dibujo.

Después, llega el momento de seleccionar los cuentos que integrarán el libro. Reunís los textos; tu correctora amiga los corrige. Los mirás de un lado y del otro. ¿Cómo agruparlos? ¿Cómo lograr un conjunto, un orden? Ninguna selección reúne suficientes ejemplares. La de ribetes fantásticos tiene cinco textos. La “costumbrista”, siete. Ensayás distintos índices; sacás, ponés, reordenás. Cada vez que regenerás el libro, intentás mirarlo con ojos nuevos, pero no podés, ya estás viciado.

Entonces, lo abandonás, lo dejás “macerar”. Te olvidas del proyecto por unas semanas. Unas semanas que parezcan meses. Luego volvés. Volvés y terminás el trabajo. Te sentás en la silla y terminás el libro, porque yo quiero recibirlo en mis manos.

El primer romántico

En una aldea al lado de un río, hace cientos de miles de años, vivía Urgh. Le habían puesto ese nombre porque ese había sido el ruido que hizo su madre cuando Urgh salió de entre sus piernas. El idioma era sencillo por esos días. Por ejemplo, “dolor” se decía “arrgh” porque ese era el quejido que alguien había hecho cuando se le cayó una piedra en el pie.

Así como el idioma era sencillo, las relaciones entre humanos también lo eran. De chico, Urgh veía cómo trataba su papá a su mamá y en la adolescencia tuvo oportunidad de hacer lo mismo. A pesar del hecho de que sus compañeros lo practicaban regularmente y comentaban las satisfacciones obtenidas, a Urgh le hacía un poco de ruido eso de elegir una hembra del montón, pegarle un garrotazo en la cabeza, arrastrarla por los pelos hasta el interior de la cueva y, en la oscuridad, poseerla.

Lo había intentado un par de veces, pero el resultado nunca había sido como lo esperaba. Una vez golpeó muy despacio y la hembra se despertó mientras era arrastrada, lo mordió y huyó corriendo. Otra vez, golpeó muy duro y la hembra no se despertó más. Tenía que haber una técnica mejor.

Urgh estaba cavilando estas ideas, sentado con un pie en el río, cuando Eighna se acercó y empezó a tomar agua formando un cuenco con las manos. La miró

un buen rato hasta que se animó a hacerle la pregunta que lo inquietaba desde hacía tiempo.

—Eighna, ¿a ustedes les gusta que les peguemos en la cabeza?

Eighna lo miró atónita, como si hubiese escuchado una blasfemia, pero luego se inclinó hacia un costado para pensar y le contestó.

—No, la verdad que no. Por lo menos a mí, no. Creo que a mi mamá y a mis hermanas tampoco.

—¿Y qué te gusta, Eighna?

—No sé... las flores. Las de color lila.

Urgh se fue corriendo y en menos de un minuto regresó con un ramillete de flores lilas mezcladas con un poco de pasto y tierra que, sin querer, había arrancado también. Le extendió el brazo a Eighna y se las dio.

—Tomá, para vos.

Eighna desconfió un poco, pero luego las tomó. Se las acercó a la nariz y las olfateó. Se sonrió y un color rojo le brotó de las pálidas mejillas. Miró a Urgh y volvió a sonreír. En ese momento, Eighna sintió un incontenible deseo de saltar encima de Urgh. Pero no lo hizo.

—Bastante bien —le contestó. Los hombres tienen que ser así, dulces.

—¿Dulces?, ¿como las naranjas? —preguntó Urgh y se chupó el antebrazo para investigar a qué sabía.

—No, no dulces así. Suaves.

—¿Cómo los conejos?

—¡No, Urgh! Suaves, así. Y acarició la mejilla peluda de su compañero con el dorso de la mano.

Urgh se puso muy nervioso e instintivamente tanteó el suelo en busca de su garrote. Eighna se dio cuenta de estos movimientos y reaccionó: le tomó la mano y

se la apoyó en su pecho. Los dos cavernícolas se miraron y se sonrieron. Luego se fundieron uno en el otro y fue la primera vez que Urgh poseyó a una hembra. Eighna, por su parte, pudo disfrutar de esa miel de la que solo había probado unas gotas cada vez que se despertaba de los garrotazos. Esa misma noche se fueron a vivir a la misma cueva. Urgh se había convertido en el primer romántico.

Al otro día, Urgh, fascinado con su descubrimiento, quiso seguir experimentando. Inventó nuevos regalos y conquistó a muchas jovencitas del valle. Collares de diente de sable, bocadillos de mamut y perfumes de distintas flores que no servían para comer. Su índice de conquistas era tan superior al de sus amigos garroteros que todos le pedían consejos. Ese día, incluso, se fueron a una aldea vecina a probar sus técnicas. Urgh pasó de ser el primer romántico a ser el primer casanova.

Volvió a su cueva muy entrada la noche, cansado y extasiado. Eighna lo esperaba despierta, con el garrote que él había olvidado.

Historia de un amor inaugural

*En la vida de un hombre hay pocas cosas más serias que su amor inaugural*¹. Para Juan Andrés, ese primer amor tenía nombre y rostro. Se llamaba Soledad y había visto cómo su cara de niña gordita y con pocos amigos se transformaba en la de una mujer adolescente, fruta fresca codiciada por todos los alumnos del curso superior de su bachillerato. En su primer recuerdo, el de la infancia, ella lucía una enorme trenza y bajo un vestido almidonado, bailaba una jota cordobesa con uno de sus compañeros de tercer grado. Solo las mejores seis parejas bailaron en el acto del 25 de mayo de ese año y Juan Andrés, desde la primera fila, miraba a Soledad sin entender del todo porqué sonreía hipnotizado. Se prometió mejorar como bailarín y así fue que para la fiesta del 9 de julio había desplazado a la histórica pareja de la niña para convertirse en su nuevo gaucho, su zapateador de malambos, con lazos, bombachas y boleadoras incluidas. Ese 9 de julio, para Juan Andrés, la felicidad adquirió un nuevo significado.

A esos años de primaria los siguió el primer año de secundaria. Al regreso de ese verano, Soledad era otra:

¹“Balada de la primera novia”, *Crónicas del Ángel Gris*, Alejandro Dolina.

había adelgazado y medía treinta centímetros más. Había superado por poco, pero superado al final, la altura de Juan Andrés que todavía no había pegado el estirón. La reciente belleza de la joven fue descubierta por uno de los alumnos del último año y pronto se convirtió en la perla deseada, el diamante en bruto que todos querían pulir. Ella, que no le decía ni que sí ni que no a ninguno de los pretendientes, se ganó rápidamente la fama de “estrecha”. Esto no le importaba a Juan Andrés, que ansiaba terminar de crecer, ni a Soledad, que se entretenía con amores secretos que en ocasiones se solapaban.

Los años de la secundaria transcurrieron en una relación filial. Ambos alumnos se destacaban y en ocasiones competían por la gracia de los profesores. Mientras Juan Andrés tenía la chispa y la perspicacia, la velocidad de razonamiento y la capacidad de pensar fuera de los moldes, su compañera tenía constancia en el estudio y memoria para retener cuanto texto le dieran para estudiar, simpatía para expresarse y la capacidad de tomar como propias las ideas de los más diversos pensadores, sin importar siquiera si estas se contradecían entre sí.

Soledad nunca salía al recreo. Durante los cinco años de secundaria, nadie la había visto abandonar el salón de clases, excepto, claro, a la hora de retirarse. Se quedaba sentada preparándose para la siguiente clase. Se quedaba ahí, con los pies cruzados bajo su silla, las medias blancas y largas, de algodón, marcándole el comienzo de las rodillas. Luego de esos centímetros de piel, que Juan Andrés estudiaba a hurtadillas, venía la pollera gris del uniforme, siempre perfectamente planchada. La camisa blanca, con el escudo del colegio

bordado. Su cuello perfecto de cisne, el rostro siempre lavado (Soledad no se permitía cubrir su belleza con maquillaje; lo único que utilizaba como accesorio eran un par de perlas diminutas, una en cada lóbulo). Bajo la camisa, si uno se detenía a observarlos (y Juan Andrés lo hacía), dos pechos que habían ido creciendo hasta lograr el tamaño y (se imaginaba) la consistencia de un par de naranjas grandes y jugosas. Un par de naranjas maduras, a punto, colgando aún del árbol, pendiendo de una pequeña ramita que las sostenía con fuerza, esperando que de una vez por todas, venga alguien y las tome, apriete con dos manos firmes, las retuerza para cortar el palito y se las lleve a la boca. Juan Andrés las imaginaba blancas, impolutas, con un delicado cambio de coloración virando a rosado en la zona de los pezones. Una disrupción apenas perceptible a la vista. O al tacto.

Su teoría se desvaneció una tarde en la clase de gimnasia. Soledad vestía el uniforme para actividades físicas: un pantalón de *jogging* gris y una remera de algodón con el escudo del colegio. Estaba parada a su lado y él descansaba sentado en el borde de un banco de cemento, con una pierna de cada lado. Estaban hablando cuando Juan Andrés notó que su amiga (sí, podemos decir que para ese entonces ya eran amigos) tenía los cordones de la zapatilla derecha desatados.

“Tenés los cordones desatados”.

Ella le sonrió. “Gracias, me salvaste de que me caiga”. Y, sin más, puso su pie sobre el banco entre las piernas de Juan Andrés e inclinó su torso para poder llegar hasta sus cordones. El joven se quedó congelado. La situación lo tomó por sorpresa y no pudo reaccionar. El cuello de la remera del colegio se abrió ante

sus ojos dejándole ver el cuerpo que tantas veces había imaginado. El corpiño que Soledad usaba para hacer deportes estaba bastante estirado, por lo que, desde su posición privilegiada, pudo ver, realzados por los rayos de sol de aquella tarde, los pechos de su compañera. No eran como en sus fantasías. No eran blancos im-polutos; eran de un marrón claro. Y los pezones, más bien color bordó y de un tamaño y rugosidad que lo sorprendieron; un último detalle: estaban rodeados por una pequeña aureola de bellos. Rubios, finísimos, pero imposibles de no advertir al ser bañados por la luz.

Le encantaron. Esa tarde, Juan Andrés se enamoró de los pechos de Soledad y se prometió que no sería la última vez que los vería.

Durante esos años, el muchacho ocultó bajo un velo de pudor los sentimientos viscerales que tenía hacía esa adolescente ya convertida en mujer, que se sentaba tan solo a cuatro bancos de distancia. En el último año, cuando ya no había más alumnos carroñeros de años superiores que la revoloteaban, y luego de haberle dedicado más de veinte cuadernos de poemas, letras desgarradas, arañadas con esfuerzo sobre el papel, el último año, decidió subir a su boca esos versos que le había estado rezando en silencio.

Un día cualquiera, cuando todos salieron al recreo, a comer, a leer, a fumar a escondidas, Juan Andrés demoró su salida fingiendo dificultad al guardar un libro en su mochila. Soledad, redundante decirlo, estaba leyendo el capítulo del libro de Historia que la profesora desarrollaría ese día. Lo observó de soslayo; el salón de clases vacío en el horario del recreo era su dominio y no le hacía gracia que hubiera un intruso.

“¿Ya te anotaste para la universidad?”, Juan Andrés sacó el único tema de conversación con el que sabía que más o menos se podía defender.

“Sí, sí, hace varios meses ya. ¿Vos no?”

“Eh... sí, sí, yo también”, mintió. “¿Vas a estudiar abogacía, no?”

“Mmm”, asintió poco convencida. “Voy a ser escribana. Para ser escribana, primero tenés que ser abogada. Me anoté en la universidad de...” y mencionó una ciudad bastante alejada de la ciudad a donde él iba a estudiar.

“¡Yo también!”, se escuchó gritar.

“¿De verdad?”, le contestó ella entusiasmada. “Pensé que ninguno del curso iba ahí, como es un poco lejos... ¿Sabés qué podemos hacer? Se me acaba de ocurrir algo divertido”.

“¿Algo divertido?”, pensó. Esto era nuevo. Soledad estaba planeando algo divertido y lo involucraba a él. No daba crédito. Soledad nunca contaba chistes y nunca se reía cuando otro los contaba. No aceptaba bromas, chascarrillos o tretas. Según ella, lo suyo era el estudio (y los amoríos no comprobados, podría discutir alguien). No salía a bailar con las demás chicas del curso y hacía años que ni siquiera la invitaban a los cumpleaños.

“¿Qué te parece?” Soledad había explicado su idea y Juan Andrés no la había escuchado. Desde su banco, lo miraba divertida.

“¿Segura?”

“¡Sí! Va a ser muy divertido. Vamos a decirle a todos que el año que viene, cuando vayamos a estudiar, nos vamos a mudar juntos”.

Ahora era Juan Andrés el que tenía la sonrisa estampada.

No había logrado el objetivo de declarar su amor, pero probablemente habría sido rechazado. Ahora sus probabilidades podrían mejorar.

Sonó el timbre de ingreso y sus compañeros empezaron a llegar al salón.

“¿Qué hacen ustedes dos acá?”, preguntó una de las compañeras, la que siempre era la primera en regresar al aula.

“Estábamos charlando”, se apuró a contestar Soledad, “porque el año que viene nos vamos a vivir juntos cuando vayamos a estudiar”.

Una veintena de miradas se clavó en Juan Andrés y él sintió como una gota de transpiración le resbalaba por la cara. Había pasado de *nerd* marginal a semental de la clase en pocos segundos y sin escala. Los deportistas del curso lo miraron con aprobación y el grupo de las chicas populares con repentino interés.

La mentira no duró mucho, a lo sumo un par de semanas, pero lo suficiente para que los compañeros ahondaran en su relación. Lamentablemente, esta nunca aumentó bastante su temperatura como para llegar al punto de ignición y, como un cohete fallido que no alcanza a escaparse de la atmósfera, ese amor que no fue cayó por su propio peso.

Juan Andrés, que todavía conservaba esperanzas, vio en su viaje de egresados la última posibilidad de confesarle a Soledad lo que sentía. El colectivo con unos cincuenta adolescentes partió, como era lo típico por aquel entonces en la mayoría de los pueblos de la zona, rumbo a la ciudad de San Carlos de Bariloche. Si bien el resto de los varones del curso ya habían desisti-

do años atrás de enredarse con Soledad, el contingente se completaba con una decena de varones de otra escuela de una pequeña localidad vecina que no habían podido contratar un colectivo para ellos solos. Estos no tardaron en notar que Soledad era la más linda de todas y hacia ella apuntaron sus misiles de seducción. Así fue como, antes de empezar el viaje, Juan Andrés vio arruinada su última oportunidad. Soledad se pasó la semana que duró el viaje con su nuevo grupo de amigos. A excepción de una ocasión: Juan Andrés había bajado de su habitación para ir hasta el centro de información turística y regresar cargado de varios folletos. Soledad lo vio entrar a su habitación y unos segundos después, le golpeó la puerta.

“Permiso... Juan, ¿me prestás alguno de los folletos para leer? Estoy un poco aburrida”.

Él le ofreció que elija cualquiera. Ella tomó uno y, sin más, se fue. Al otro día, se lo devolvió doblado en tres partes. Juan Andrés, sin siquiera mirarlo, lo tiró dentro de su bolso. A la vuelta del viaje, metió todos los papeles en una carpeta y no fue hasta dos años después, cuando ya estaba en la universidad y llevado por la curiosidad o la nostalgia, que se puso a revisar sus viejos papeles de la secundaria. Leyó carpetas, boletines de calificaciones, viejas revistas y, finalmente, entre un montón de recortes de diarios, encontró los folletos de Bariloche. Estaba a punto de tirarlos sin revisar cuando recordó el momento en que Soledad le devolvió, doblado en tres, el folleto que le había prestado. Sentado en el suelo de su antigua habitación, lo abrió. En el interior del folleto, era difícil leer el texto original. Todos los espacios en blanco estaban llenos de dibujos y palabras hechos en lapicera: flores, cora-

zones, arcoiris, caritas sonriendo y un texto. Un texto. Un mensaje. Un mensaje que Soledad le había escrito hacía dos años, pero no para que lea ahora; se suponía que lo leyera mucho antes. “¿Por qué no nos juntamos a tomar algo en mi pieza esta noche? Las chicas van a ir al boliche, pero yo no tengo ganas”.

Juan Andrés sintió el incontenible deseo de llamarla por teléfono o visitarla. Ya hacía rato que había dejado de pensar en ella, pero de repente, toda esa catarata de deseos que había estado sosteniendo durante los cinco años de secundaria venció la pequeña represa de sus pensamientos y se le vino encima sin tregua. Era sábado; tal vez Soledad estuviera en el pueblo. Caminó hasta su casa y tocó timbre. La madre abrió la puerta: “No, este fin de semana no vino, se quedó allá con el novio”.

No vino.

Allá.

Novio.

No vino.

Se quedó allá con su novio.

Lo invadió la tristeza. Esa noche no durmió. Se quedó hasta el amanecer con una pregunta en los labios: ¿qué hubiese pasado si...?

En los sucesivos años se vieron algunas veces. Fines de semana en los que coincidían, la fiesta del pueblo, Navidad o Año Nuevo. Se paraban en la calle, hablaban un rato, recordaban anécdotas de la escuela secundaria y luego, siempre con la sensación de que faltaba decir algo y con esa sed de las palabras no dichas, cada uno seguía su camino. Una noche de 23 de diciembre, gracias a la intervención de amigos en común, terminaron en un patio tomando algo juntos. Ni siquiera

ra ese día, después de haberse pasado más de cuatro horas charlando y poniéndose al día, Juan Andrés se atrevió a traer del recuerdo aquel folleto intervenido, esa invitación a lo que podría haber sido. Y ella tampoco.

¿Por qué no cojió esa noche Guido Pividoni?

Conozco a Guid de la primaria, pero hasta esa noche no lo había vuelto a ver.

Ya es más de media noche. Estoy llegando tarde al cumpleaños de mi prima y acelero por una avenida libre de autos con la esperanza de llegar a picar algo.

Increíble, hice en menos de diez minutos el trayecto que de día me toma media hora.

Hay autos estacionados en toda la cuadra, excepto frente a las cocheras: las opciones son estacionar en la mano contraria o hacerlo tapando la entrada de la casa de mis tíos. Elijo la segunda y después de intentar entrar y volver a salir un par de veces, el auto queda estacionado más o menos donde debería. Camino por detrás del auto. La vereda en esa parte es extremadamente alta, tanto que para llegar desde la calle hay que subir una especie de escalón de un metro: doblo la rodilla y me impulso hacia arriba, con tan mala suerte que golpeo con la cabeza un canasto de basura que el Demonio colgó de uno de los árboles.

Siento el golpe, el repentino ardor. Al no saber qué me golpeó, instintivamente llevo mi cuerpo hacia abajo y termino apoyando las palmas de las manos en el

suelo. Me levanto y me toco la cabeza. Con la yema de dos dedos siento como una parte de cuero cabelludo se me levantó. Me miro la mano y está llena de sangre. Alcanzo a tocar el timbre y el que me abre es uno de los primos pequeños, uno de doce años. Me mira y después se da vuelta: “¡¡¡El tío Juanjo tiene sangre en la cara!!!” Siento que me pongo pálido. Me acompañan hasta el baño y cuando me veo al espejo tengo media barba de pintura roja. Un par de manos acompaña la herida hasta abajo del chorro de la canilla y desde mi perspectiva, veo como un litro de agua colorada se va al desagüe. “Tenemos que ir a una guardia”, dice alguien y cuando me doy cuenta, estoy sentado en un auto camino al hospital más cercano. Presiono una toalla oscura contra la herida y siento como la patilla se me pone dura de sangre seca.

En la guardia me preguntan mi obra social. Me siento a esperar. Cuando ambos brazos ya se me acalambraron de sostener la toalla, me hacen pasar. La doctora, que debe tener, como yo, treinta años, escarba en mi cabeza para mirar y hace un gestito de dolor. “Te hiciste un siete; vamos a tener que ponerte unos puntos”. Me acuesto y me ponen anestesia local: “Esto puede arder”, me advierte. Luego, solo siento las sombras de los movimientos de la doctora. Siento la fuerza que hace para que la aguja atravesase mi cuero cabelludo, pero no el dolor del pinchazo. Siento como tira del hilo para ajustarlo, pero es tan vaga la sensación que ni siquiera llego a contar cuántos son los puntos. “Acá podría hacerle un punto más”, dice la doctora. Y le pide un bisturí a la enfermera. Con ayuda del filo, me corta un poco de pelo y completa el que dice es el quinto.

“Ahora la enfermera te va a poner la antitetánica”. La doctora se va y nos deja solos. Ella mira la orden y dice, para los dos, con un poco de sorpresa: “Ah... no es de las que se ponen en el brazo. Te debe haber dado esta para que haga efecto más rápido”. Miro a la enfermera abrir el descartable y pienso: “¿Qué culpa tiene...? ¿Qué culpa tiene la enfermera para tener que verme el culo peludo?”.

Salgo rengueando y vuelvo al auto. Ahora vamos a la farmacia a comprar los antibióticos, el material para higienizar la herida y la antitetánica para reponer la que usaron conmigo. Vamos a una de esas abiertas veinticuatro horas. Hay dos personas haciendo cola, un viejo y una chica joven. Veo que alguien más quiere sumarse, así que acelero el paso y ocupo el tercer lugar. El que queda cuarto parece tener mi edad.

Llega mi turno y entrego la orden. El farmacéutico la mira: “Mmm, no che, una letra del nombre de la obra social está tachada, fijate, era una F y arriba le hicieron una D. Vas a tener que volver a que te corrijan la orden”. “¿De verdad?”, le digo con la mejor cara de poco amigo que puedo lograr e inclinando levemente la cabeza hacia delante para que me vea los vendajes. “Dale loco... ¡es un centímetro de tinta!, ¿no podés darmelos igual?”. Que sí, que no, retórica va, retórica viene. Le digo que los dos somos piezas muy chiquitas en un sistema que solo busca exprimarnos el jugo, que si no nos ayudamos entre tuerquitas, no nos ayuda nadie. Lo convenzo. O al menos yo creo haberlo convencido; es eso o decide atenderme solo por la cola de cinco personas que se formó luego de que estuviéramos discutiendo media hora. No importa, la cuestión es que mientras va recolectando los distintos ítems de mi

lista, se frena en uno. Trato de no mirar para atrás, pero el murmullo de puteadas de los que están en la cola me empuja contra el blindex. “La antitetánica... no dice la concentración”. No tengo idea de lo que me habla. “Si no dice la concentración te tengo que vender la de concentración mínima, pero para un adulto se suele usar la de 500. Tendrías que volver a la guardia y que te lo anoten...” No termina de hablar. Sabe que después de lo de la obra social mal escrita, esto es un detalle. Se acerca con la orden y un teléfono: “Acá está el número, llamá y preguntá”. Yo me atrinchoero cerca del cuadrado del blindex para evitar que alguien ocupe mi lugar y llamo rápido, pido con la doctora y obtengo la confirmación. “Si, dice que 500”. Podría haber llamado al 110 y habría sido lo mismo.

El farmacéutico me entrega una bolsita con todo y le pago, pero antes de dejar mi lugar, la reviso. “Che, una consulta, esto no es iodopovidona, ¿no?”. “A ver... uh, tenés razón, te estaba vendiendo otra cosa”. Le presto atención a la cara de dormido del farmacéutico y ante la duda, vuelvo a revisar lo que me vendió, sobre todo los antibióticos. “Hay una diferencia de cuatro pesos”, me grita. “Bueno, dame unos caramelos de miel”, le contesto. Se queda mirándome. “No, vos me tenés que pagar cuatro pesos más”. “Ah... bueno, dale, sí, sí, no hay problema”. A esa altura ya somos casi compinches con el farmacéutico. Miro el reloj; ya pasó una hora desde que le entregue la orden. Me da el frasquito: iodopovidona. Povidona, povidona...

¡Ahhh!, ya se de dónde me sonaba esa cara. Me doy vuelta. El que sigue en la cola es Guido Pividoni, de la primaria. Esa noche, por fin había convencido a una compañera del trabajo y habían terminado en su depar-

tamento. Cuando ya estaban acostados, ella lo frenó en seco: “No, sin forro yo no cojo”. Pividoni buscó en el cajón y no encontró nada. “Pará, aguantame”, le dijo. “Bajo a la farmacia y en cinco minutos vuelvo, vos no te muevas de acá”.

Querida maestra

Querida maestra de tercer grado:

Nos conocimos el primer día de clases del año 1993. Recuerdo tu pelo negro atado con un moño, tus ojos celestes y tus dientes como perlas. Tu sonrisa, cuando se dejaba ver, era muy linda.

Con el correr de los días, los demás alumnos empezaron a referirse a vos con el mote de «la loca» por la cantidad de tarea que nos dabas. Yo nunca hice caso a esos juegos de niños y, muy por el contrario, como por esos tiempos era un sabelotodo insufrible, eras mi preferida. Creo no equivocarme al suponer que la preferencia era mutua.

Recuerdo un día en particular en el que era tanta la tarea de matemáticas que el salón de clases se amotinó y exigió hablar con la directora. Flojo de personalidad en esos años de mi vida, no hice otra cosa que unirme al grupo para pedir tu cabeza. Uno de mis compañeros le dijo a la directora que lo habías golpeado y otro, antes, le había propinado una paliza para que la historia tenga pruebas que la sustenten.

Por supuesto que lo negaste todo, pero un aula llena de chicos entrenados para la mentira no es fácil de doblegar. Yo fui parte de ellos. Durante los días que siguieron, distintos miembros de aquel clan demoníaco repetimos la treta. Ojos en compota, cortes en los bra-

zos e incluso dientes caídos formaban el parte médico del aula.

El niño de la mentira original nos obligó a repetirla en nuestras casas y tu expulsión del establecimiento se concretó cuando un grupo de padres tomó cartas en el asunto.

Todavía recuerdo tu mirada. Había decepción en esos ojos celestes. No mirabas a los demás, solo me veías a mí. A ese pequeño traidor.

Perdón.

La explicación

Ayer por la tarde aconteció un hecho que, luego de que se difundiera de boca del capellán y de la encargada de recolectar las ofrendas, escandalizó a muchos hermanos de nuestra comunidad. Por eso, como pastor, me veo en la obligación de robarle algunos minutos a la homilía para arrojar luz sobre lo sucedido.

Como sabrán, todos los sábados por la mañana, dejo la parroquia muy temprano para dirigirme a alguna de las villas de la periferia a hacer trabajo pastoral: visita de enfermos, consuelo de afligidos o dispensación de la extremaunción.

Recorro a pie todos los puntos porque la colecta para el auto parroquial no alcanza aún los objetivos esperados. Termino a la tarde y bastante cansado.

Sabrán también, y esto no es ningún secreto, que durante mis años de seminario desarrollé afición a las películas de *La guerra de las galaxias*, ya que eran las únicas que Monseñor Archundia nos permitía ver.

Ayer, cuando terminé mi última visita, caí en la cuenta de que me encontraba a pocas cuadras del cine del barrio. Caminé hasta allí con el doble propósito de entrar a refrescarme con el aire acondicionado y averiguar si ya estaban dando *La guerra de las galaxias VII*. Doble también fue la gracia: el aire acondicionado estaba puesto en veinte grados y la película se proyectaba

en diez minutos. Compré mi entrada y me senté en una de las butacas del fondo a esperar.

La película empezó a horario y no debió ser tan buena como sus antecesoras porque promediando, calculo yo, los tres cuartos de su proyección, caí en un profundo sueño, consecuencia de las horas de agobiante trabajo y del excelente sistema de aclimatación de la sala.

El hecho en cuestionamiento se debió a que cuando desperté, la película ya había terminado; *La guerra de las galaxias VII* había sido reemplazada por una película condicionada. Erótica, si nos atenemos a lo que decía su ficha técnica.

Esa es, queridos hermanos, la razón por la cual se comenta que fui sorprendido mirando una película de alto voltaje.

Ya escucharon mi explicación.

Ahora, si se me permite, me gustaría saber..., pues me queda la duda: ¿cómo se enteraron de esto el capellán y la encargada de la recolección de las ofrendas?

Carne de los dioses

Después de manejar algunos kilómetros, los tres amigos llegaron al puesto donde siempre compraban la carnada. Un cartel de madera, al que el clima de la costa no había perdonado ningún año, dejaba leer: “El quiosco de don Juan”. Entraron. El lugar parecía vacío. Uno de ellos aplaudió para dar señales de su presencia. Desde atrás del mostrador, apareció un viejo con grandes pómulos y pelo largo, enredado en una especie de trenza.

—¿Jóvenes? —les preguntó, amable— ¿En qué puedo ayudarlos?

Uno preguntó por don Juan y el viejo respondió que estaba enfermo, que él era un hermano suyo, de San Justo, y que había venido a ayudarlo con el boliche.

La respuesta los sorprendió. Juan Urlich, el propietario del lugar, era un judío colorado, regordete y de estatura baja, mientras que el “tótem” que los atendía, moreno y fuerte, tenía la misma cara que la del logotipo del arroz Mocoví.

Como ya llevaban más de una hora de retraso, no se detuvieron a hacerse preguntas sobre el árbol genealógico de don Juan. Pidieron dos docenas de morenas y cinco triperos, pagaron y salieron.

Antes de subir a la camioneta otra vez, el viejo les dio alcance.

—¿Van a pescar en el Leyes?

—Sí, es la idea —contestó uno.

El viejo hizo silencio, miró hacia el cielo y meditó sus palabras antes de pronunciarlas.

—Tengan cuidado.

Ninguno pudo evitar la sonrisa.

—Tenemos experiencia —contestó otro. Y las sonrisas se convirtieron en carcajadas, casi en burlas.

El viejo volvió a hacer silencio. Esperó hasta que los ánimos se apagaran un poco, se metió en el quiosco, volvió y les entregó una bolsa.

—Para que hagan una sopa esta noche... si no hay pique.

Ya dentro de la camioneta, los tres se miraron preguntándose cómo sabía el viejo que pensaban pasar la noche allí y cómo sabía que solo llevaban unas costillas para el mediodía. Para la cena, la idea era asar alguno de los pescados que sacarían del río.

Llegaron al rancho de un paisano que les cuidaba la lancha y en menos de lo que dura un porrón de cerveza, ya estaban surcando el río rumbo a un claro de agua en el que, según les habían dicho, salían dorados largos como el brazo de un jugador de básquet. Destaparon el segundo porrón y se sentaron, cada cual con su caña entre las piernas, a esperar el pique. El río era de un color marrón casi bronce y, como no había viento, el agua casi no se movía. Las pequeñas ondulaciones del agua provocaban en la embarcación un movimiento pendular que parecía marcar el paso del tiempo.

Decepcionados por haber conseguido sacar en toda la mañana solo un amarillito grande como el dedo gordo del pie de aquel jugador de básquet, dirigieron la lancha aguas adentro, con la esperanza de encontrar un lugar con mejor pique.

—No te alejes tanto —le dijo uno al que manejaba, pero este no le hizo caso.

A las dos de la tarde, todavía sin poder superar al único amarillo, arrimaron la lancha a un islote e improvisaron un asador. Ubicaron dos piedras como soporte y sobre estas pusieron la grilla de metal que hacía de parrilla. Abajo, ramas secas que prendieron enseguida y arriba, dos kilos de costilla en las que algunos hilos de carne se vislumbraban entre la grasa blanquecina. Quedaron solo los huesos. Algunos de ellos.

Volvieron al agua y la suerte no cambió. Entre los aullidos del viento, que poco a poco se fue levantando, podían sentir la risa del viejo que, apiadándose de su suerte por venir, les había regalado algunas provisiones para improvisar una cena.

Durante la tarde, por más que siguieron navegando en busca de aguas más amables para la pesca, solo lograron sacar un dorado bebé que, con más resignación que honor, devolvieron al agua.

*

La noche los encontró mojados por una llovizna ponzoñosa que se les colaba entre la ropa. Decididos a rifar caro su valía, no querían dejar el agua hasta pescar algo que pudieran comer.

Fracasaron.

Y como pensaban cumplir el plan original de no volver hasta el día siguiente, pararon en el primer islote con el que se toparon. Con los pies en el agua, arrastraron la lancha lo más adentro que pudieron en una arena pastosa, en la que se mezclaban piedras y camalotes, y la ataron a una estaca.

Prendieron un fuego y se miraron a las caras.

—¿Tenemos la bolsa del viejo?

—Sí.

—Traela.

La abrieron y miraron adentro: una papa, dos zanahorias y algunos hongos.

—No sé ustedes —dijo uno, cualquiera—. Yo sin comer no me quedo. Por lo menos, vamos a tomar una sopa antes de dormir.

En una olla, quemada de tanto uso, calentaron agua y tiraron adentro el regalo del viejo.

Uno corrió a la lancha y volvió con algo entre las manos. Los otros lo miraron a la luz del fuego.

—¡El amarillo! —gritaron.

—Le va a dar un poco más de sabor.

Y así fue como la única pesca del día también terminó en el brebaje.

Acompañándola con un poco de pan que les había sobrado del asado del mediodía, se tomaron la sopa directamente desde la olla, porque no tenían cucharas.

Uno de los tres anunció que se iba al baño y los otros le dijeron que se vaya bien lejos. No había necesidad de que sus olores les velen el sueño durante la noche. Sin embargo, a la media hora todavía no había regresado.

Los otros dos empezaron a caminar para buscarlo. El islote resultó ser más grande de lo que habían imaginado y, cuando se dieron cuenta, se encontraron entre árboles tan altos que casi les impedían ver la noche.

Cuando estaban a punto de darse por vencidos, escucharon risitas que venían desde el centro de aquel bosque imposible. Luego, un resplandor. Los dos se miraron.

Siguieron caminando y encontraron un fuego mucho más grande del que ellos habían hecho en la orilla. A su alrededor, cuatro mujeres apenas vestidas hablaban divertidas. Parecía que estaban contando historias, en alguna lengua ya olvidada.

Después de empujarse uno al otro, tras no decidir quién tendría que dar el primer paso, se presentaron ante las extrañas mujeres saludando en español. Las mujeres, más divertidas que antes, devolvieron el saludo en el idioma de los hombres.

Estas les extendieron sus manos y los llevaron cerca del fuego. Les sacaron las ropas y las pusieron a secar. Y, en unos platos de barro seco, les sirvieron pescado asado.

Las mujeres eran realmente hermosas. Tenían la piel dorada, de un color que no se ve en la ciudad, y tenían curvas en sus cuerpos que hacían que los jóvenes sientan vergüenza de estar desnudos junto a ellas.

Les preguntaron por los hombres de aquella tribu y las mujeres contestaron que se encontraban en expedición de pesca, río arriba, y que volverían en una semana.

Entonces, sin mediar palabra, una de ellas se desprendió el pedazo de cuero que usaba para cubrirse los senos. El espectáculo fue inquietante, tanto por lo imprevisto como por la abundancia de la revelación. Las otras tres, también calladas, imitaron a la líder.

La matemática establecía dos mujeres para cada uno de los dos hombres que, a esa altura, ya se habían olvidado del tercero que buscaban.

Como en una coreografía, una de las mujeres de cada trío besaba con pasión a su hombre mientras que la otra hacía lo propio unos centímetros más abajo. Las

lenguas se mezclaban en un solo fluído, cálido y húmedo, que parecía envolverlos enteros. Cuando los hombres estaban por alcanzar su punto de ebullición, como si les leyera la mente, las mujeres, las cuatro, se separaban de ellos y los dejaban descansar mientras los observaban. Luego, una de ellas, la primera, la líder, dio un suave golpe de palmas y cada par de mujeres que estaban con un hombre se entregó a besar al que antes estaba con las otras. Repitieron este juego cuatro veces, hasta que cada una de las mujeres había pasado por las cuatro posibles posiciones que se obtenían de combinar la boca y el sexo de los pescadores.

Luego del cuarto aplauso, escucharon un rugido estremecedor.

Un tigre, adornado con flores, se acercó hasta el fuego central. Los dos hombres se pusieron en posición de alerta, pero a las mujeres pareció no importarles.

—Este es Antra —explicaron—. Nuestra mascota. No tengan miedo.

Los hombres, que ya habían alcanzado y superado sus límites físicos de placer, se quedaron dormidos escuchando como las cuatro mujeres les contaban la historia de ese tigre que hacía años había llegado al islote flotando sobre troncos y que habían domesticado a fuerza de tratarlo con palos que tenían en la punta brasas incandescentes engarzadas.

*

A la mañana siguiente se despertaron junto a las cenizas de su fuego, a pocos metros de su lancha, desnudos y con un sabor agrio en la garganta. Uno de ellos, cualquiera, recordó que dos habían ido a buscar a un tercero, pero no recordaba quién había estado de qué

lado de la búsqueda. A la luz del día, vio que el islote en el que estaban no tenía más de cinco metros de radio y la vegetación que en este crecía no pasaba de unos cuantos yuyos secos y algún que otro arbusto. Este, uno de los tres, cualquiera, nunca se atrevió a preguntarle a los otros qué habían soñado ellos.

La dieta

—Ayer fui a lo de la nutricionista —dice Remigio, medio cabizbajo y con semblante triste—. Me recagó a pedo. Me dijo que no podía ser que haya subido siete kilos en el último mes.

Remigio esconde las lágrimas mientras busca un repollito de lechuga en el cajón de los vegetales y se suena la nariz con la manga de la camisa. Se siente culpable. “Es por las fiestas”, fue la excusa de Remigio a la doctora. “¿Pero qué fiestas?! ¡Si estamos en marzo!”, le soltó la nutricionista.

—Es que en Año Nuevo sobró lechón y lo teníamos *frezado*...

Remigio va y viene de la heladera a la cocina como una ama de casa hacendosa. Con el cuchillo de filetear e infinita paciencia, le saca la piel a una presa de pollo y la deshuesa. Y sigue contando:

—Enojadísima, la nutricionista me empezó a enumerar los “tips” que me había dado anotados y que yo crucifiqué con cuatro imanes en la heladera: el bife de pechuga del tamaño de la palma de la mano, verduras de hoja en todas las comidas, una sopa antes de almorzar... Yo miraba para abajo, las manos juntas, moviendo los dedos gordos en círculos. Entonces llegó la peor parte: me pidió la lista de cosas que había comido en la semana. Enseguida se dio cuenta de que la había hecho a las apuradas antes de ir...

Mientras cuenta, Remigio corta el tomate y la lechuga para la ensalada.

—Me dijo que antes de sentarme a comer le saque una foto al plato y que la próxima semana se las lleve todas juntas. “Así vamos a poder ver qué falla para organizarte mejor”, dijo.

Remigio hace una pausa y, a través de la ventana de la cocina, mira al infinito.

—Es así nomás —dice luego de hacer su pausa reflexiva—, somos hijos del rigor.

Pone el plato ante mis ojos.

—Tomá, pibe, comé.

Mientras fotografía la prolija pata muslo deshuesada con ensalada de tomate y lechuga que me voy a comer, él termina de prepararse un sandwich triple de morcilla, mayonesa, pimientos y panceta.

El asado de los Reyes

“En Argentina se come asado. Con carbón o con leña. En parrillero o sobre el suelo. A campo abierto o refugiados en un balcón. Algunos prenden el fuego sobre la parrilla, mientras que otros prefieren hacerlo a un costado, en el brasero. Jugoso o seco o a punto. Pinchando o no los chorizos. Mareando la carne o vuelta y vuelta. Solo con sal o bañado con un chimichurri ancestral. A fuego lento o arrebatado. Hay diferentes escuelas, pero solo una no es aceptada: la del no-asado”.

Doña Petrona

En la casa de los Reyes, los domingos al mediodía se come asado. No importa si llueve torrencialmente o si hace tanto calor como para freír un huevo en la vereda. Hoy no es la excepción. Doménico, el padre, arranca con el ritual a las diez de la mañana. Después de compartir una pava de mates con su esposa Matilde, sale al patio y limpia el asador que todavía aloja las cenizas de la última batalla. Junta los restos prolijamente en un balde y los deja a un costado. Pone una bolsa de carbón sobre la parrilla y un bollito de diario abajo. Rocía generosamente con alcohol, da un paso hacia atrás, enciende un fósforo y lo lanza, con tanta gracia como sus dedos de morcilla le permiten, hacia la empapada bolsa que ahí nomás hace una explosión y empieza a arder. Le hace un poco de viento, lo sopla, va reemplazando los bollitos de papel a medida que el fuego los devora y vuelve a hacer viento. Los diarios son del 86

y mientras los usa (ya sea como bollo de combustión o como agitador de aire), no puede dejar de leer y divertirse con las publicidades de hace casi un cuarto de siglo .

Las brasas ya son rojo entraña y los pedazos más chicos caen entre los barrotes. Con una pinza parrillera, hace a un lado los más grandes para que se sigan transformando. Asoma la palma de la mano sobre la retícula metálica e intenta contar diez segundos. No lo logra. La temperatura está justa. Distribuye, como si fueran fichas en el casino, los pedazos rebosantes de sal gruesa y una corona de chorizos. Las costillas, por supuesto, con el hueso hacia abajo.

Todas las piezas están jugando el rol que les toca y Doménico decide que es momento de coronar ese esfuerzo, esa obra de ingeniería, refrescando el garguero. Se mete en la casa y camina hacia la cocina a prepararse un vaso de Gancia bien helado mientras le echa una mirada al televisor donde se ve la última vuelta del TC. Sin esperar la bandera a cuadros, regresa a la parrilla.

Su hija lo encuentra con el meñique levantado y el belfo estirado a punto de beber. Reina Reyes (los padres no habían escatimado humor al ponerle el nombre) le anuncia que su flamante novio vendrá a comer. El padre no se alarma; con dieciocho años, la nena ya está en edad de ser festejada y hace rato que se viene preparando para ese momento. Sin embargo, algo en la mirada de su unigénita le despierta una sospecha.

Una veintena de minutos más tarde, la incógnita se revela. El susodicho hace su entrada triunfal y camina hasta el asador, donde el patriarca de la familia lo espera apostado contra la pared, sosteniendo el vaso para mantener el equilibrio. Cierta miedo y respeto se le no-

ta al muchacho en la cara. Mientras le estrecha la mano con una sonrisa de oreja a oreja y lanza una mirada curiosa a la parrilla, sin rodeos, le confiesa a Doménico que es vegetariano. “Ovolactovegetariano” es, en realidad, el término que utiliza el proyecto de yerno. Explica que su dieta es bastante variada; come verduras, huevos y derivados de la leche. Doménico piensa que es uno de esos que se comen la comida de su comida. El muchacho vuelve a mirar la parrilla, esta vez apuntando con los ojos a unos tentadores pimientos rojos cortados al medio, dentro de los cuales se está terminando de cocinar una mezcla de queso, huevo y orégano.

Reina los deja para que charlen y se va con su madre a preparar las ensaladas. Una de lechuga, tomate y cebolla, la preferida de su padre, y una de papas con mayonesa para que el pretendiente no pase hambre.

Doménico comienza con su tarea de interrogar un poco al muchacho. Ante la pregunta sobre sus estudios, le responde con un elaborado discurso sobre la vocación mezclado con la opresión de los pueblos y el yugo de la burguesía para finalmente decir que comenzó tres carreras y no terminó ninguna. Pero ¡ojo!, promete que el siguiente año comenzará el profesorado de música y esta vez está casi seguro que la decisión es la correcta. “Definitivamente, un vago”, piensa Doménico, que hubiese preferido algo más tradicional.

Con la esperanza de que el cambio de tema a un terreno más neutral pueda sacarle esa sensación de acidez en el estómago, hace un comentario sobre el superclásico que aconteció la jornada anterior, a la vez que manifiesta la falta de “huevos” de los “millonarios”. Tal vez mezclando algo de lo que come el chico con una pasión ubicua en el ser nacional, se pueda llevar ade-

lante una mejor charla. El chico, que ya se dio cuenta que la cosa no va muy bien pero es jetón y no puede parar, le responde orgulloso que no le gusta el fútbol. La sensación de acidez de Doménico aumenta. Aprieta las mandíbulas de tal forma que podría romper los huesos de las costillas que crepitan en la parrilla, pero intenta relajarse. Es domingo, el día está soleado y la parrilla está provista de delicias. Fantasea con que el muchacho es circunstancial. Al fin de cuentas, es el primero que le traen a casa.

Reina mira por la ventana y ve el rictus de su padre sin preocuparse mucho. Sabe que a él no le caerá bien ninguno por algún tiempo. No es que piense que este sea el amor de su vida; por lo pronto, es el amor de este trimestre, pero no es tan casual como para no llevarlo a casa.

A la madre de Reina se la ve realmente atareada buscando los platos y vasos de fiesta. Rápidamente quita el mantel que estaba puesto en la mesa del comedor salpicado con manchitas de salsa de la noche anterior para poner el mantel bordado por la abuela, parte del ajuar de bodas y solo usado para ocasiones especiales. Los platos de cerámica blancos con los cubiertos ornamentados tienen la misma procedencia y el mismo fin.

Doménico elude la pregunta de si las uvas que da la parra sirven para hacer vino y entra a buscar el chimichurri. Al encontrar la mesa tan bien dispuesta, se da cuenta de que se ha pergeñado una especie de pacto tácito entre madre e hija. La mujer, que lo conoce, al ver su cara le pide “tratalo bien”, pero obtiene como respuesta solo un gruñido.

Con el chimichurri en la mano izquierda y una cuchara en la derecha, comienza a distribuir el preparado en lugares estratégicos.

—Disculpe —se escucha decir al chico— pero... ¿esa carne no tiene mucha grasa?

“¡Qué sabrá este pibe sobre carne si come yuyos!”, piensa Doménico, pero le contesta bien y comienza a explicarle sobre la necesidad de que la carne tenga grasa para que el sabor sea mejor. El marmoleo, le explica, es la cantidad de grasa dentro de la carne y se observa principalmente en el área del ojo de costilla en un corte que se hace entre las costillas duodécima y decimotercera. El marmoleo es el principal factor a tomar en cuenta por el consumidor para determinar la calidad de la carne. Mientras mayor sea el nivel de marmoleo, mayor será la calidad, puesto que la carne tendrá mejor sabor y será más jugosa. Algunos consumidores consideran el marmoleo por ser este un factor de riesgo para la salud, pero Doménico omite esta parte. Su experiencia en el frigorífico durante veinticinco años le ha dado un conocimiento muy fino en cuanto a cómo se debe diseccionar un animal según su peso, su tamaño y hasta su alimentación para así obtener los cortes con la cantidad justa de carne y grasa y el mejor sabor al comerlos. Se emociona contando; esgrime la cuchara mientras cuenta cómo se corta la media res para aprovechar la pieza. Dibuja en el aire los trazos que se tienen que dar recordando el proceso que realizó una y otra vez durante tanto tiempo. La cara del muchacho lleva pálida varios minutos.

—No sabía que usted era un asesino de animalitos— dice con una voz en extremo aguda.

—¿Asesino? —pregunta Doménico masticando bronca—
Estos bichos fueron puestos en la Tierra para que nosotros los comamos.

—Mire... me parece muy asqueroso que haya personas que maten animales indefensos para alimentarse.

Doménico ya está bastante molesto; una cosa es que le quiera robar a su hija, que no coma carne, que no le guste el fútbol, pero, ¿llamarlo asesino?

—Escuchame, pibe, para ser la primera vez que venís a mi casa, me estás faltando bastante el respeto.

—No puede pedir respeto quien no respeta.

Doménico piensa cómo hacer para sacarle el hígado con la cuchara.

—A ver, pibe... —y se interrumpe. No vale la pena. Da media vuelta y sigue con su labor de saborizar la carne.

En la cocina ya están listas las ensaladas y la mesa está puesta como para Navidad. Matilde mira a su hija con cara de felicidad. Piensa que el muchacho es un buen candidato.

—Mirá qué bien que se llevan esos dos— le dice a Reina.

—Sí, veo que están charlando bastante. Espero que papá no le diga nada fuera de lugar.

—No, tu padre es un gruñón, pero no muerde.

En el patio, el muchacho comienza a hablar sobre su relación con Reina. Doménico no le responde y mientras el pibe sigue hablando, se queda pensando sobre la discusión anterior. Entonces, se le ocurre enseñarle lo que tiene en el cuartito del fondo. Medio en broma y medio en serio para mostrarle de qué hablaba. Le pide que lo acompañe a unos veinte metros de la

parrilla, en aquel terreno que llega hasta la mitad de la manzana.

Entra al cuartito, corre una cortina de plástico transparente que sirve para espantar las moscas, prende la bombilla de setenta y cinco que cuelga de un portalámparas y le hace señas para que entre.

En el cuartito, con piso de cerámicos y paredes con azulejos blancos hasta el techo, se puede ver un banco de madera con una máquina para hacer chorizos, un rectángulo rojo del que cuelgan una serie de cuchillos bien limpios y afilados y una fuente grande de metal. Al costado del banco, hay un *freezer* de cuatrocientos litros que sirve para guardar los productos elaborados por Doménico y más allá, una sierra de carnicero sin-fín. Del techo, y con ganchos, cuelgan chorizos caseros que fueron preparados la mañana anterior.

El muchacho se siente dentro de un calabozo de tortura.

Domenico comienza a reír.

El muchacho intenta reaccionar, quiere largar todo lo que tiene adentro, quiere contarle. Sabe que si le cuenta, Doménico va a sufrir y quiere que sufra. Pero tiene miedo de lo que pueda desencadenar. Mira la habitación que lo rodea y tiembla, mira la fuente de metal, la sierra, los ganchos, los cuchillos. Recuerda la sonrisa de Doménico cuando cortaba una media res imaginaria. Recuerda que le contó que hizo ese trabajo una y otra vez. La memoria muscular debe haber convertido a ese hombre en un máquina de matar. Sin embargo... ¡qué ganas de verle desaparecer esa sonrisa transpirada! Que ganas de contarle que Reina, como él, se hizo vegetariana.

Los Lavalle Menéndez

En el fondo del bar, el patrón se distraía repasando un vaso. Desde allí miraba a la calle y a los dos clientes que bebían cerveza con los ojos fijos en el campo. De pronto, una camioneta frenó bruscamente. Un hombre se bajó con apuro. Dejó la camioneta en marcha y con la puerta abierta. Se asomó al bar y, desde la entrada, dijo: “¡Necesito un baño urgente!”

Sin esperar a que le respondan, encaró para el lado de las mesitas del fondo como toro que confundieron con vaca el día que tocaba inseminación artificial y, dejando a su paso un halo espeso, casi viscoso, desapareció con un portazo tras la puerta indicada con el cartel de “Caballeros”.

Fuegos artificiales, petardos y redoblantes. Una batería de sonidos se escapaba por la cerradura y por los bordes de la puerta que llevaba ya varios años de servicio.

Unos minutos después, el hombre de la camioneta salió con el semblante totalmente cambiado. Tenía en el rostro, en la sonrisa, la satisfacción del deber cumplido. Y cumplido a tiempo.

Los demás parroquianos lo miraban divertidos, esperando que haga algún comentario, alguna alusión a su veloz entrada.

Pero él no les daría el gusto. Antes que nada, tenía su orgullo, su alcurnia y su apellido.

“Los Lavalle Menéndez, no cagamos”, solía gritar su abuelo “Vamos al baño a higienizarnos. No nos tiramos pedos; ventilamos los gases producto de nuestra combustión interna. No meamos; evacuamos efluentes”. Esas máximas patriarcales, que se transmitían de generación en generación, estaban grabadas a fuego en el carácter de Julio Lavalle Menéndez y nunca, ni siquiera en los años de su débil infancia, se permitía faltas de decoro. Cuando los demás compañeros estaban jugando a la pelota y hacían un impasse para mear en un árbol, Julito corría hasta su casa a evacuar sus efluentes en lo que, a sus ojos de infante, era una vasija de porcelana. Siempre volvía cuando el segundo tiempo ya había empezado.

Ignorando las miradas, Lavalle Menéndez, se sentó en la barra, miró fijo al cantinero a los ojos y con la impronta que su linaje le exigía, le habló sin titubear: “Sírrame un jugo de naranjas, don, que ando medio constipado”.

Fanáticos del mate cocido

Los hermanos Wellington vivieron sus años de pubertad en una casona de campo en el (en aquella época) descampado barrio de Guadalupe, a pocos metros de la estación de trenes homónima. Su padre, un ingeniero inglés que llegó al país con la misión de supervisar la colocación de un nuevo ramal de vías, pensaba viajar solo, pero, tras la inesperada muerte de su esposa pocas semanas antes de la partida, decidió llevarse al nuevo continente a sus dos hijos varones. Luego de un fugaz paso por Buenos Aires, los tres Wellington viajaron a la ciudad de Santa Fe, donde se establecieron, no sin antes hacer contacto con una nodriza local, la señorita Martínez, quien se haría cargo de la educación de los muchachos y también de los quehaceres del nuevo hogar.

Todas las tardes, cuando terminaba la sesión de estudio, la señorita Martínez le preparaba a los hermanos Wellington una merienda que consistía en panecillos autóctonos y té en hebras traído del país de origen de su empleador.

Ocurrió cierta tarde que, justo cuando el enorme reloj de roble que colgaba en el comedor daba las cinco en punto, la señorita Martínez se arremangó el vestido para agacharse a buscar la lata de té y la encontró vacía.

Contrariada ante la luz de los acontecimientos, presta tomó su bicicleta y pedaleó hasta la casa que compartía con su enfermo y viejo padre. Lo saludó, aunque este ya no se enteraba de quién entraba y quién salía de la casa. Después, tomó un paquete de yerba mate de su alacena y con la misma velocidad, volvió pedaleando. Los púberes estaban cerrando sus cuadernos de estudio cuando la tetera avisó con un silbido que el agua estaba lista y en ese preciso instante, la señorita Martínez cruzó el umbral de la puerta. Se volvió a colocar el delantal, que había dejado pulcramente doblado sobre una silla, y llenó de yerba mate el receptáculo de alambres enrejado que el día anterior había sujetado las hebras de té mientras estas despedían su sabor y su color. El resultado fue una bebida de color verde desconocida para los nuevos habitantes de la pampa. El más joven de los hermanos preguntó qué le había pasado al té. La señorita Martínez, en una inusual muestra de humor, replicó que se había puesto verde de envidia, pero no dijo de quién. Los señoritos tomaron la merienda sin protestar y de inmediato, les gustó el mate cocido. A diferencia de lo que sucedía con la teína a la que sus cuerpos estaban acostumbrados y ante la cual se rendían en siestas relajadas, la mateína tomó por sorpresa a sus sistemas nerviosos y los mantuvo toda la tarde alejados de las habitaciones.

Cuando su padre regresó del día laboral, encontró que sus retoños, en lugar de estar tocando el violín o jugando un juego de mesa, estaban saltando sobre las camas. La autoridad del hogar regañó a la señorita Martínez y la acusó de haber drogado a sus hijos. Esta, desconcertada, no hacía más que deshacerse en pedidos de perdón y súplica. Sin saber cómo solucionar la discor-

dia, jugó la única carta, aunque arriesgada, que tenía. Le ofreció al señor Wellington una taza de humeante mate cocido que este recibió de mala gana. Luego de beberse hasta la última gota, no podemos afirmar que haya sonreído, pero sí que dejó de gritar.

A partir de esa tarde, en la mesa de la merienda de los Wellington, los panecillos se acompañan con la autóctona infusión.

La oficina del fin del mundo

El fin del mundo tiene dividida a la comunidad científica desde hace décadas. Están los que dicen que el fin del mundo no será un hecho puntual, sino un proceso largo y complejo y los que dicen que todo desaparecerá de un instante a otro. Los primeros aseguran que todos los escenarios que implican instantaneidad deben descartarse por improbables. Los segundos aseveran que el fin del mundo se producirá por el choque de un meteorito, un ataque extraterrestre o una explosión nuclear. Ya que en el caso de que la razón la tengan los segundos poco se puede hacer, el estado ha decidido invertir sus recursos en las teorías de los primeros. Un decreto definió el fin del mundo como un conjunto de indicadores: variables con sus valores que todos los días son analizados en una oficina sin cartel en la puerta.

Los dos encargados del trabajo recopilan datos por la mañana y realizan sus cálculos por la tarde. Al mediodía, cortan para comer.

Cuando un número significativo de variables superan ciertos umbrales tabulados, su responsabilidad es pasar la alerta a sus superiores, sus supervisores de la Subsecretaría de Catástrofes. El Subsecretario de Catástrofes participa mensualmente de una reunión con el resto de los subsecretarios de la Secretaría de Accio-

nes Inmediatas, en la que cotejan las alertas levantadas por las distintas oficinas y elaboran planes conjuntos que vuelvan a poner a los indicadores dentro de rangos aceptables.

Hace dos semanas, un alerta de fin de mundo fue levantada desde la oficina: un grupo de indicadores, del cual el índice de afición laboral es el más representativo, pronosticó que la tasa de natalidad mundial tendría una derivada negativa sostenida en el tiempo que causaría, eventualmente, el fin del mundo por desaparición de humanos.

Hoy, en la reunión de la Secretaría de Acciones Inmediatas, se resolvió un curso de operación que, junto con otros efectos también buscados, logrará corregir los indicadores en cuestión. Se sembrarán tormentas en un tramado de puntos estratégicos con el fin de aumentar el mal tiempo: esto producirá lluvias; las lluvias harán que un porcentaje de la población no concurra a trabajar; un porcentaje de este porcentaje coincidirá con su pareja en quedarse en el hogar; las tormentas, el sonido de los truenos y un eventual corte de luz que impedirá ver televisión proporcionarán el ambiente para que se lleven a cabo relaciones íntimas; el número de embarazos que surgirán de esta acción serán suficientes para generar un pico en la curva de natalidad y contrarrestar los efectos de la derivada negativa durante por lo menos un año.

El restaurador

Lo vi por un segundo. O tal vez menos. Viajaba en tren a unos 200 km/h de Gotemburgo a Estocolmo. Mirar a pocos metros de mi vagón era imposible, pero si uno miraba más allá, la frenética sucesión de árboles, arbustos y pastizales se calmaba y daba paso a una escena que, capturada por el artista correcto, podría haber dado origen a uno de los cuadros que quería estudiar y por lo cual viajaba.

Cierro los ojos y lo vuelvo a ver.

El centro de la composición está tomado, acaparado, secuestrado por una casa de madera. No digo «cabaña» por miedo a que se malinterprete. No es un lugar de paso, un escondite o una guarida. Es una casa de familia. Una residencia construida con el noble material que obtenemos de los árboles. Las paredes laterales se alzan en una sucesión de troncos de coníferas que duermen unos sobre otros. Brillan con un color claro, dado por alguna laca u otra sustancia que protege la madera del clima y de las alimañas. De tempestades, tormentas y nevadas. De chinches, polillas y hasta roedores. Las aberturas son de un color más oscuro. Bastante más oscuro. El techo es a dos aguas.

Al costado de la casa hay una niñita jugando con un perro. Tiene ropas de color rosado. Incluso un sombrero de ese color. Hay un viejo cortando leña. Imagino,

su abuelo. El viejo tiene una barba cana y larga. Y un pantalón con tiradores verdes. Y camisa a cuadros.

En la mirada embelesada del viejo, veo cómo contempla a su nieta. El perro con el que juega es un pastor lapón. El pelo negro le brilla y contrasta contra lo apagado de la escena. Del cuello del animal cuelga un collar de cuero con una bolita brillante, tornasolada, apenas sostenida.

Me perdí en esa bolita.

Cuando el tren llegó a la estación central, el recuerdo de aquel cuadro que no fue permanecía aún en mi retina. Lamenté que nadie lo hubiera capturado. Ahora que lo pienso, no estoy seguro del color de los tiradores del viejo.

El viajero del cielo

Era domingo y caían infinitas agujas de agua. Empezaba a descubrir que la lluvia era una constante en aquella ciudad sueca.

Estaba encerrado en lo que por esos días me servía de morada, un caserón de madera pintada de un color entre gris y celeste, ubicado en un barrio de nombre impronunciable sobre una calle de similar dicción. Yo hojeaba a desgano una edición completa y ampliada de *La guía del autoestopista galáctico* que había conseguido por unas pocas coronas en una librería de usados en el centro.

Finalmente, me decidí a salir. A diez metros de la puerta de calle, me tomé un bus al centro. Con el mismo boleto, me tomé allí un tranvía hasta el puerto. Y en el puerto, todavía sin pagar, me tomé un ferri que recorría las islas del archipiélago. Me bajé en la última de las islas. Caminé por un sendero que se internaba en un bosque en el corazón del islote. Estaba cada vez más desdibujado y los árboles a sus costados eran insistentemente frondosos. Las sombras entraban en la luz y, en cierto momento, me encontré con una oscuridad total. Apreté las tiras de mi mochila con las manos para darme seguridad y seguí caminando. No podía sacarme la sensación de que alguien me observaba. De repente, el camino se abrió en un claro de luz. Cuando estuve a campo abierto, no supe muy bien dónde me

encontraba; no veía el puerto y unas nubes de plomo se apoderaban del cielo.

Un lugareño apareció detrás de mí en el mismo sendero. Me dijo unas palabras en sueco y, ante mi perplejidad, intentó en inglés. El hombre vivía en la isla desde hacía cuarenta años, aunque, una vez a la semana, iba a trabajar a la ciudad. Consultor de algún tipo, creo recordar que le entendí. Me invitó a tomar café en su cabaña. Miré las nubes que en el cielo se dibujaban amenazantes. Miré la hora en mi reloj; el último ferri de regreso pasaba en dos horas. Cierta mantra de la niñez que versaba sobre desconocidos atravesó el tiempo como una flecha y me resonó en los oídos, pero de todas formas acepté la invitación.

La cabaña estaba hecha de troncos de pino y, aunque acogedora a la vista, dudaba qué tan efectiva sería para resistir los crudos inviernos que azotaban esa zona, tan cercana al círculo polar.

George, que así era como se llamaba el hombre, encendió la hornalla de la cocina con una sola mano. Unos minutos más tarde, estábamos tomando un riquísimo café amargo. Llevábamos charlando varios minutos sobre el acontecimiento preferido del mes de todos los habitantes de aquel país, la boda real, cuando a mi interlocutor, a quien se lo notaba contentísimo de poder practicar su inglés, se le ocurrió mostrarme algo. En menos de lo que me llevó terminar mi taza, estaba de vuelta con una cajita metálica.

Depositó el artilugio frente a mí, sobre la mesita ratona que nos acompañaba. George me miraba divertido. Pude observar distintos glifos que la atravesaban. Los reconocí como elementos del alfabeto rúnico, pero

sin poder descifrar una sola palabra. “¿Qué es?”, pregunté.

El hombre se puso de pie y recitó una poesía en el idioma de sus antepasados. Le pedí que me la tradujera y, haciendo un gran esfuerzo, me contó una historia sobre dioses y vikingos, objetos mágicos y barcos que volaban, una doncella y una competencia por su amor.

Según George, Loki, el más astuto de los dioses, había puesto sus ojos sobre una muchacha que estaba a punto de casarse con uno de los más bravos vikingos de cierto poblado. La deidad se le aparecía bajo distintas formas y le hacía maravillosos regalos a fin de caerle en gracia. Cuando su prometido se enteró de esto, entró en cólera y exigió la presencia de Loki, a quien conocían como el “dios de las travesuras”. Este se presentó ante él y le ofreció el modo de dirimir quién se quedaría con el corazón de la señorita: una carrera en barco hasta cierta isla; el primero en alcanzar la costa sería el vencedor. El vikingo aceptó sin vacilar y al día siguiente se llevó a cabo la competencia.

Loki, que también era llamado “el viajero del cielo”, se presentó con un barco que en lugar de navegar por el mar, surcaba el aire. La disputa dio comienzo tras el sonido de un gran cuerno soplado por la propia muchacha. El vikingo empezó a remar con todas sus fuerzas, transpirando y jadeando, mientras que Loki iba muy tranquilo en su embarcación mágica, esperándolo cada vez que le sacaba un buen tramo para poder burlarse de él. La pugna estaba por terminar y era claro que el vikingo no podría llegar antes que Loki. Fue entonces que tomó su hacha, se cortó una mano y, con todas las fuerzas que le quedaban, la arrojó hasta la orilla de la isla. La competencia había terminado.

Loki, que nunca aceptaba una derrota, enfurecido, mató a la doncella y puso la mano del vikingo en un cofre de metal. Se lo entregó y lo condenó a vivir por siempre.

Miré mi reloj. El último ferri salía en cinco minutos. Me incorporé abruptamente. George me acompañó hasta la puerta y le extendí la mano para saludarlo y agradecerle la historia. Recién en ese momento lo noté. El frío de una prótesis ortopédica me heló la sangre.

La maravillosa vida de Henry Dijkstra

Aproveché el último día hábil de año para hacer algunos trámites y pagar la factura de la luz que se me atrasó. La empresa de energía es leonina: si te atrasás un mes, por ejemplo, porque estás de vacaciones, te llega una intimación de pago. No podés pagar ni generar la factura por Internet. Tenés que ir a una oficina especializada en pagos morosos, pedir que te reimprimen la boleta e ir a pagarla a otro lugar. Es 30 de diciembre; si no pago hoy, voy a empezar el año a oscuras.

El centro es un mar de gente. Bodoques de cuerpos transpirados que se mueven en masa del banco a la fotocopidora, de la fotocopidora al kiosco que cobra impuestos pero no servicios, del kiosco que cobra impuestos pero no servicios al que cobra servicios pero solo algunos impuestos. Yo aprovecho los lapsos en los que tengo que hacer cola para leer un libro de cuentos de misterio de Asimov que tengo en el celular. Leer es como viajar en el tiempo y el espacio, pero no solo por la historia a la que saltás cada vez que bajás la cabeza, sino porque, en un momento, estás al final de la cola, te concentrás en una parte del relato y al instante, el cajero te está chistando para avisarte que es tu turno. Es la única razón por la que acepto ir a hacer pagos en persona: por el placer de poder leer sin culpa.

Mi penúltima parada es en el Banco Provincia. Necesito sacar plata. La cantidad que tengo que sacar es mayor a la que te pueden dar los cajeros automáticos regulares y menor a la que requeriría la intervención del tesorero, por lo que la operación consiste en entrar al banco, hacer cola en “el cajero que da hasta 20000 pesos” y esperar.

La diferencia entre el afuera y el adentro es celestial. La treintena de grados centígrados, la humedad humana y esa sensación de tedio generalizado desaparecen al traspasar la pesada puerta de madera. Adentro, el aire no solo es fresco, sino que no está viciado. Camino hacia la fila del cajero especial y ocupo el último lugar. Veo que a mi costado hay una señora sentada en una silla a la que alguien, presumiblemente su marido, le hace viento con una revista. Estoy contemplando la escena cuando siento que alguien deposita una mano en mi hombro. Mi sucesor en el lugar es un hombre alto, de más de sesenta y cinco años, bien vestido, pero con ropa que no es de esta época, y con la espalda derecha como una vela. Debajo del brazo lleva un libro y una agenda. Se acerca para hablarme casi al oído y yo, sorprendido por la confianza, lo escucho.

—Tienen que ponerle las piernas para arriba — habla sobre la señora y mira para todos lados, como buscando a alguien—. ¿No habrá algún médico acá, che?... Lo que pasa es que no se meten. Los médicos no se meten cuando una situación ocurre en la calle. Se cubren, por el tema de los seguros... Yo sé porque tengo una hija que es doctora. No se si te acordás vos del caso ese del chiquito que casi se muere en Rosario, que la mamá no estaba bien. Iban caminando por el centro de la mano y la mamá, que estaba loca, según dijeron,

empezó a apuñalarlo. Tenés que haber visto la noticia... la pasaron en todos lados.

—Mmm, no, la verdad que no.

—Bueno, no importa. Mi hija Laura... mi hija que es doctora, pasaba por ahí, alzó al nene y lo puso arriba del mostrador de un quiosco. Arriba de uno de esos mostradores de vidrio, ¿viste? Le tuvo que hacer un corte en la garganta para que respire, pero le salvó la vida. Eso no lo hace cualquiera, ¿eh? Por miedo a la mala praxis y todo eso. ¿Vos son médico?

—¿Eh? No, yo soy Ingeniero Industrial, de la UTN de acá.

—Ah... bueno, entonces podemos decir que estudiaste gracias a mí. Yo puse esa carrera.

—¿Sí?

—Sí, sí, yo traje el plan de estudios del politécnico de Barcelona. En aquella época, yo estaba en una agrupación de estudiantes. Viajábamos mucho. Una vez, nos fuimos seis meses a Europa, todo pago. Yo viajé por todos lados. Soy de familia holandesa yo. De mis parientes, heredé eso de ser medio pirata. Anduve por todos lados. La madre de mi hija es inglesa. Estuvimos juntos doce años; después, cada uno por su lado. ¿Querés ver una foto de mi hija?

—Bueno...

El hombre abre la agenda y me muestra una especie de hoja impresa, en la cual hay unas ocho fotos, todas de la misma persona, pero tomadas en diferentes años. Abajo de cada foto, está el año correspondiente.

—¿Conocés el sistema de riego por goteo? —el hombre arremete, no dispuesto a que la conversación termine.

—Sí, por supuesto.

—Bueno, yo ayudé a diseñarlo. Estaba en España, en un seminario, cuando vinieron unos israelitas a la universidad con la idea. El problema fue que la universidad no podía mandar a los españoles por problemas raciales o políticos, o algo así, y como yo estaba ahí, me preguntaron si quería ir. “¡Pero seguro!”, les grité, y estuve dos años trabajando allá. Otra vez, estábamos también en España, pero en otra universidad, cuando nos ofrecieron ir a Inglaterra a levantar la cosecha de duraznos. La paga era un curso de inglés en Oxford. Ahí aprendí a hablar inglés y ahí conocí a la madre de mi hija.

—¿Qué apellido me dijo que tenía usted?

—Dijkstra. Henry Dijkstra es mi nombre.

—¿Así que viajó mucho por su trabajo?

—Muchísimo: España, Inglaterra, Israel, Japón, Francia, Alemania. Di vueltas veinte años antes de volver. Cuando volví, la provincia me contrató para dirigir una obra muy importante, pero duré diez días. La obra salía cien y querían que firme por novecientos. Los mandé a cagar. Así que ahí me puse a dar clases en tu facultad. Después, me ofrecieron ser decano, pero no acepté. Lo mío no es la política. Di clases hasta el 2000; después tuve un pequeño ataque y no pude trabajar más... ¿Vos en qué año ingresaste?

—2002.

—Claro... yo daba Termodinámica. ¿A vos te dió Loretti? Era ayudante mío.

Saco por un instante la atención de ese hombre de palabras apresuradas que me habla como si me conociera de antes y me doy cuenta de que ya recorrimos la mitad de camino al cajero. Su relato, al igual que la lectura, me está haciendo viajar en el tiempo y en el

espacio. Pienso en esto y tal vez en alguna idea más y su voz me vuelve a sumergir en la historia.

—Yo, el primer día, me paraba frente al aula y le decía a los alumnos: “La termodinámica es como hacer el amor. Acá somos todos grandes; así que podemos hablar sin problemas, ¿no, señoritas?”. Presión, temperatura, energía: hacía analogías con los conceptos fundamentales y los iba anotando en el pizarrón. No se olvidaban más...

Comenta algunos de sus ejemplos didácticos y me da un poco de vergüenza estar hablando de sexo con un desconocido en el medio del banco. Balbuceo una especie de respuesta y me doy cuenta de que estamos en el principio de la cola.

—¿No me dejarías pasar a mi primero, pibe? Es que ando con el tiempo justo...

Sin esperar mi respuesta, ocupa el lugar frente a la máquina que se acaba de liberar. Apoya el libro sobre el cajero y abre la agenda para buscar, imagino, su clave. Se toma su tiempo para cada operación; la máquina se lo hace saber emitiendo un irritante pitido cada vez que pasan treinta segundos sin que oprima ningún botón. “Pi pi pi pi pi piiiiiiiiiiiiiiii: ¿necesita más tiempo?” “Sí”, oprime Dijkstra. Otros de la cola se empiezan a impacientar y cuando lo ven reintentar más de dos veces en la misma pantalla, uno le grita: “¡Volvé a poner la clave! Leé lo que te dice la pantalla”. Dijkstra se da vuelta y sonrío como pidiendo disculpas.

Finalmente, termina y desaparece a toda velocidad. Yo tomo el lugar que dejó y, luego de ingresar mi tarjeta y mi clave, me doy cuenta de que olvidó el libro sobre el cajero. Amago a correrlo, pero ya no está a la vista. Podría salir del banco, pero perdería mi lugar y tendría

que volver a hacer la fila, por lo que decido hacer mi extracción y esperar a que note el olvido y vuelva por su cuenta.

No lo hace. Así que agarro el libro y me lo llevo debajo del brazo. En la puerta del banco, miro para todos lados intentando, sin éxito, encontrarlo. Si antes al pasar del calor de la calle al aire acondicionado del banco había sentido que había ingresado al Cielo, ahora, que el calor de la ciudad me vuelve a pegar de lleno en la cara, siento que mi formulario de ingreso fue rechazado y me están mandando directo al Infierno. Al Infierno de los morosos que no pagan a tiempo la boleta de la luz.

*

Pasó una semana desde mi encuentro en el banco con ¿Dijkstra? y acabo de terminar de leer el libro que tenía bajo el brazo y olvidó sobre el cajero. No le presté atención hasta bien entrada la tarde de aquel día. Sin dudas, lo primero que me sorprendió fue el título del libro y que en él figurara el nombre de quién había sido mi interlocutor por algunos minutos y metros: *La maravillosa vida de Henry Dijkstra*. La tapa era anaranjada y en el centro tenía la foto de un gran buque. El autor era holandés, como Dijkstra.

Ante el descubrimiento, suspendí los otros libros que estaba leyendo y le dediqué cada minuto libre a ese ladrillo de setecientas páginas. A medida que pasaban los capítulos, la sorpresa era aún mayor: había uno por cada acontecimiento que Dijkstra me contó. Un capítulo en España, uno en Israel, uno en Inglaterra, la docencia, la esposa. Incluso estaba narrado con excesivo detalle el acontecimiento en el que Laura, la hija de

Dijkstra, fue concebida bajo un árbol de duraznos en una noche estrellada. En el libro, se llamaba Laurien, aunque no se hacía referencia a su profesión.

Sin embargo, por más sorprendentes que parezcan estos hechos, nada se compara con la lectura del capítulo final. En este, un Dijkstra viejo y desmemoriado, olvida su diario de vida en el banco de una plaza y un escritor desconocido lo encuentra, lo lee y escribe este cuento.

*

No, mentira, no aparece ningún escritor en la novela.

*

Antes de cerrar el libro, lo vuelvo a revisar. En la penúltima hoja, una de ese grupito de hojas dejadas en blanco intencionalmente por la imprenta, veo la tinta que años atrás dejó un sello. Se alcanza a leer “Propiedad de H...” y una dirección. La dirección se lee bien. No es lejos; así que camino hasta el lugar. Es una esquina. Una casona blanca en una esquina. Me bajo del auto. En la puerta, hay una placa que dice “Hogar de día Amancay”. Toco el timbre y la puerta se abre sola. Después de un pasillo, hay una especie de mostrador y detrás del mostrador, una especie de enfermera.

—Hola, ¿se encuentra el señor Henry Dijkstra?

—¿Quién?

—Una persona que creo viene por acá.

—No me suena ese apellido. ¿Cómo se escribe?

—D-I-J-K-S-T-R-A

Obviamente, no había nadie con ese nombre. Entonces, intento describirlo.

—Es un hombre alto, debe tener más de sesenta y cinco años, canoso, con barba también canosa, lentes.

La enfermera se sonríe.

—Esas características no son muy distintivas entre las personas que nos visitan.

Se queda mirándome. Entonces se me ocurre.

—¿Tienen una biblioteca?

—Sí, al fondo.

—¿Y tienen fichas para llevar el control de quienes sacan los libros?

—Sí.

*

Le extiendo la novela a la bibliotecaria y le pregunto si me puede decir quién lo retiró.

—Sí, como no, dame un segundito... mmm... a ver... sí. Ireneo Funes. ¿Sos familiar?

—No, no. ¿Sabés si se encuentra ahora?

—Me parece que se fue hace un rato. Vive varias cuadras al sur, por esta misma calle.

*

Salgo y camino rápido. No sé por qué. No sé para qué lo busco. ¿Qué quiero decirle? ¿Qué quiero saber? Igual camino rápido, casi trotando. Una cuadra, dos, tres. Y entonces, lo veo. Está parado en la cola de un kiosco, hablando con el que tiene adelante. Sin que me vea, me pongo detrás suyo y escucho lo que está diciendo.

—Tengo un médico amigo, el Dr. Watson, vivimos en un departamento arriba de una panadería...

Me sonrío. No necesito seguir escuchando. Es una sonrisa triste. No puedo dejar de notar, bajo el brazo de Funes, junto a su agenda, un pequeño volumen en rústica. No alcanzo a leer el título completo, pero lo adivino: *Estudio en escarlata*.

Me voy, con mi propio misterio resuelto.

